

La Guerra de la Independencia Española vista por los soldados polacos¹

Spanish War of Independence as Seen by Polish Soldiers

Grzegorz BAŁ

Universidad Complutense de Madrid
gregbak@filol.ucm.es

RESUMEN

El artículo analiza las visiones de España presentes en varios relatos escritos por los soldados polacos quienes, como aliados de Francia, combatieron en la Guerra de la Independencia de España. Las memorias de los militares contienen información valiosa acerca del transcurso de la guerra, pero también contienen datos acerca de la situación geográfica y social de la España de principios del siglo XIX. Al mismo tiempo revelan la mentalidad y los estereotipos presentes en la sociedad polaca de la época.

BAŁ, G. (2003): "La Guerra de la Independencia Española vista por los soldados polacos", *Eslav. Complut.*, 3: 5-27

PALABRAS CLAVE

Siglo XIX
Historia de
Polonia
Historia de
España
Relaciones
hispano-
polacas

ABSTRACT

The paper presents the visions of Spain in the writings of Polish soldiers, which, as allies of France, participated in the War of the Spanish Independence. The memoirs of soldiers contain very interesting information about the course of the war and the geographical and social reality of Spain of the beginning of XIX century. The writings also reveal the mentality and stereotypes of the polish society of the same period.

BAŁ, G. (2003): "Spanish War of Independence as Seen by Polish Soldiers", *Eslav. Complut.*, 3: 5-27

KEY WORDS

XIX century
History of
Poland
History of
Spain
Relations
between
Poland and
Spain

SUMARIO 1. Los oficiales y soldados polacos, cronistas de la guerra. 2. La crueldad del combate y del cautiverio. 3. La España de la Guerra de la Independencia. 4. Las regiones, las ciudades y los pueblos. 5. La vida y las costumbres de los españoles.

¹ Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación Viajeros polacos en España. La imagen de España y los españoles en los diarios y testimonios literarios de los viajeros polacos (Ref. BFF 2001-1265 - I.P.: Fernando Presa González), subvencionado por la Dirección General de Investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología del Reino de España.

1. Los oficiales y soldados polacos, cronistas de la guerra

Varios soldados polacos que habían combatido en la Península Ibérica dejaron testimonios escritos de su experiencia que se publicaron cuando aún vivían sus autores o de forma póstuma. De las memorias de la campaña española destacan por su valor literario, histórico o por la cantidad de la información incluida los siguientes libros: *Pamiętniki oficera polskiego (1808-1812)* (*Memorias de un oficial polaco 1808-1812*), de Henryk Brandt², *Pamiętniki z wojny hiszpańskiej (1808-1814)* (*Memorias de la guerra española, 1808-1814*), *Stanisława Broekera, b. Oficera legionów francusko-polskich (Memorias de la guerra española (1808-1814) de Stanisław Broekere, ex oficial de la legión polaco-francesa)*³, *Wspomnienia mojego ojca żołnierza dziewiątego pułku Księstwa Warszawskiego (Memorias de mi padre, soldado del noveno regimiento del Ducado de Varsovia)* de Andrzej Daleki (el hijo del soldado, Jakub Daleki, hizo la versión escrita), *Obleżenie i obrona Saragossy w latach 1808-1809 (El asedio y la defensa de Zaragoza en los años 1808-1809)* de Józef Mroziński⁴; *Somosierra* de Andrzej Niegolewski; *Pamiętniki moje w Hiszpanii (Mis Memorias de España)* de Kajetan Wojciechowski.

Los autores de las memorias de la guerra en España, provenían de diferentes regiones del país y de diferentes estratos sociales. Los dos primeros autores de la lista (Brandt y Broekere) escribieron sus memorias en alemán. Cabría preguntar entonces acerca de su relación con Polonia, y si realmente se deben tener en cuenta en este trabajo.

Brandt no era un patriota polaco modélico. Era más bien un militar ejemplar, para quien lo principal era su trabajo de oficial y su carrera militar. No se debe considerar a Henryk Brandt un renegado, puesto que procedía de un territorio que había pertenecido históricamente a Polonia y se había incorporado al Reino de Prusia. La nacionalidad en las zonas fronterizas no estaba demasiado definida en aquella

² BRANDT, HENRYK (1789-1868) nació en Łąki, cerca de Bydgoszcz, hijo de un funcionario alemán. En 1806 sirvió en el ejército de Prusia. En 1808 pasó a la polaca Legión del Vístula con el grado de subteniente. Pasó cuatro años en España, donde combatió, entre otros lugares, en Zaragoza, Tortosa y Valencia. Después participó en la campaña rusa. Desde 1815 sirvió en el ejército del Reino de Polonia, y más tarde en el de Prusia, donde alcanzó el grado de general. Como oficial prusiano participó en el aplastamiento de la insurrección polaca en Wielkopolska (1848). Es autor de *Pamiętniki oficera polskiego (1808-1812)* (*Memorias de un oficial polaco 1808-1812*) (Warszawa 1904).

³ BROEKERE (BREKIER), STANISŁAW (1789-1860) nació cerca de Międzyrzecz, en Wielkopolska. Comenzó su servicio militar en el ejército prusiano. En 1808 se alistó en el noveno regimiento de infantería del Ducado de Varsovia y en él partió a España. Combatió en España hasta agosto de 1811, cuando fue apresado por los españoles en Motril. Hasta 1814 fue prisionero de guerra, primero en Alicante y más tarde en Baleares. Tras ser liberado regresó a Varsovia, donde murió en 1860. Escribió *Pamiętniki z wojny hiszpańskiej (1808-1814)* (*Memorias de la guerra española, 1808-1814*) (Warszawa 1877).

⁴ La singular figura del general Józef Mroziński (1784-1839) y su importante obra *Obleżenie i obrona Saragossy w latach 1808-1809 (El asedio y la defensa de Zaragoza en los años 1808-1809)* (Warszawa 1819) ya han sido tratadas por el autor del presente trabajo en un (2002): "El asedio de Zaragoza (1808-1809) a los ojos de los soldados polacos", *Eslavistica Complutense*, 2, Madrid, pp. 23-31.

época. Desde el punto de vista étnico, Brandt era alemán, pero se sentía orgulloso de pertenecer a la Legión Polaca y de ser un oficial polaco. En sus Memorias Brandt muestra una gran simpatía y respeto hacia sus colegas polacos y un buen conocimiento de la cultura del país.

Stanisław Broekere nació en Wielkopolska, que en aquella época todavía formaba parte del territorio de la Rzeczpospolita, y murió en Varsovia. Entró en el ejército después de la repartición de Polonia, cuando su región natal pertenecía ya a Prusia. Su hija Paulina Cybulska, la traductora de las memorias, explica así la cuestión de la lengua:

(...) mi padre era originario del Gran Ducado de Poznań y terminó sus estudios en la escuela de cadetes de Berlín. Por ello conocía bien el alemán y escribió sus memorias en este idioma. Yo también conozco bien esta lengua, y además fui educada por mi padre como un verdadero soldado. Alentada por la fortaleza del espíritu y la valentía (aunque esto no es del todo correcto), no he ahorrado esfuerzos para que el manuscrito se imprimiese en nuestro idioma materno, cumpliendo así con la voluntad de mi padre, que me había regalado su trabajo cuando su vida expiraba. Además, como buena polaca, no quería que el manuscrito pasase a las manos de una nación extranjera, ya que estaba escrito en alemán.⁵

La hija de Broekere, Paulina Cybulska, se declaraba una buena polaca. No hay duda de que su padre también se sentía polaco; era un buen polaco y lo demostró desde 1808, cuando se alistó en el ejército del Ducado de Varsovia. El Profesor Szymon Askenazy, al comparar las biografías de Brandt y Broekere, se percató de que uno de los motivos de que el segundo se sintiera identificado con Polonia era su confesión católica. Así pues, el luterano Henryk Brandt murió en Berlín como alto dignatario del ejército prusiano, mientras el católico Broekere yace en una tumba humilde del cementerio de Powązki en Varsovia.⁶ Claro está que Prusia trataba mejor a los luteranos que a los católicos. Polonia, por otra parte, era mayoritariamente católica, pero es un país que históricamente se ha caracterizado por su gran tolerancia religiosa. Sin embargo, no se deben simplificar las cosas: la identidad nacional no estaba en función de la confesión religiosa. El mismo profesor Askenazy subrayó la importancia del lugar de nacimiento de ambos autores. Brandt nació en el territorio de Polonia ocupado por Prusia en la primera repartición (1772), mientras que Wielkopolska, región natal de Broekere, fue anexionada a Prusia en la tercera repartición (1795). Las tradiciones polacas eran mucho más vivas en Wielkopolska.

⁵ BROEKERE, S. (1877): *Pamiętniki z wojny hiszpańskiej (1808-1814)*, Warszawa, la nota de traductora, p. VI.

⁶ BRANDT, H. (1904): *Memorias de un oficial polaco 1808-1812*, Warszawa. Introducción de Szymon Askenazy, p. 6.

Entre los autores de memorias de la Guerra Española de la Independencia merece especial atención Andrzej Daleki. Era un campesino de Wielkopolska incorporado al ejército polaco de manera forzosa. Su relato oral (tal vez fuera analfabeto) lo pasaron a texto escrito Baranowski (edición de Leipzig, 1857) y el hijo del soldado, el cura J. Daleki (Poznań, 1864). Gracias a *Memorias de mi padre* se pueden contrastar las visiones de España que tuvieron un oficial (Brandt) y un soldado raso que se vio en el campo de batalla contra su voluntad (Daleki). Se puede comparar también la visión de España de los autores con una amplia cultura general (Brandt, Mroziński y otros) con la de una persona cuyo horizonte intelectual antes de la guerra era su pueblo o región natal.

2. La crueldad del combate y del cautiverio

La carga de Somosierra y el asedio de Zaragoza son las dos batallas españolas más populares entre los polacos. Son las dos batallas que asocian rápidamente con la Guerra Española de la Independencia. Sin embargo, los regimientos polacos permanecieron muchos años en la Península Ibérica y tuvieron que combatir día tras día. Los relatos de Brandt, Broekere, Daleki y Wojciechowski son testimonios de aquella lucha diaria.

El primero de estos autores es especialmente detallado y sistemático a la hora de describir el combate. En su obra muestra sus amplios conocimientos de táctica militar. Además del asedio de la capital de Aragón, Brandt describe: la victoria de las tropas del mariscal Lannes en Tudela, las batallas de Maria y Belchite, la conquista de Almunia y Calatayud, la batalla de Ojos Negros, las actividades militares en el valle de Guadalaviar, la batalla de Vilel (en la cual Brandt fue condecorado con la más alta medalla militar polaca: *Virtuti Militari*), la batalla de Teruel, y el asedio y conquista de Tortosa. Según el oficial polaco, en las batallas en campo abierto solían obtener la victoria las tropas polacas y francesas, ya que estaban mejor armadas y tenían un liderazgo más experto. Es lógico, pues se trataba de ejércitos templados en numerosas batallas europeas. Lo que más temía Brandt y otros militares del ejército invasor eran los guerrilleros, que constantemente hostigaban a los regimientos polacos y franceses.

Destacamentos sueltos de guerrilleros españoles recorrían el país en diferentes direcciones, nos dificultaban las requisas y sembraban el terror, que rayaba con la crueldad, entre la población civil. Se obligaba a la población a entregar comida, material de guerra de todo tipo, e incluso a personas para integrarse en sus filas, bajo amenaza de fusilamiento. A menudo me llegaban advertencias del tipo: “Los jóvenes de este pueblo que no se presenten antes de tal día serán fusilados”. Todos los días había escaramuzas con los insurrectos que provocaban innumerables bajas. Esto desanimaba a los soldados y hacía que la guerra resultase mucho más dura, lo cual no honraba a ninguna de las partes del combate.⁷

⁷ *Ibidem*, p. 87.

En este pequeño fragmento Brandt expone las claves del conflicto militar. El oficial reconoce la eficacia de la guerra de guerrillas practicada por los españoles. Esta táctica no sólo producía bajas entre los regimientos de soldados franceses y polacos, sino que también minaba gravemente la moral de la tropa, que se veía permanentemente hostigada por pequeños grupos de guerrilleros. Los invasores casi nunca podían sentirse seguros, estaban constantemente en alerta y faltos de sueño. Además, las operaciones de las guerrillas que cortaban los caminos de aprovisionamiento hacían que anduviesen siempre escasos de alimentos, o que éstos se encontrasen en mal estado.

No se han investigado todavía las semejanzas entre las tácticas militares de la guerrilla española y las de los insurrectos del año 1863 en Polonia. Sería interesante investigarlas, puesto que la experiencia española marcó a toda una generación de oficiales polacos, y éstos a su vez transmitieron sus experiencias a las generaciones futuras por medio de sus memorias.

Henryk Brandt cuenta que los comandantes guerrilleros imponían su autoridad sobre la población civil en los territorios donde actuaban. Así por ejemplo, reclutaban forzosamente a los integrantes de sus destacamentos. El teniente polaco sabe apreciar la eficacia de la estrategia del enemigo. Especialmente tiene palabras de elogio para el caudillo guerrillero Francisco Javier Mina⁸ (1789-1817).

En un momento dado, Brandt advierte que la guerra se ha tornado inusualmente cruel. Aunque algunos oficiales trataban de frenar los malos comportamientos de la tropa, se producían situaciones muy graves. El autor de *Pamiętniki oficera polskiego* cuenta, por ejemplo, cómo un soldado secuestró, violó y mató a una mujer española. El asesino acabó confesándolo a sus superiores y fue condenado a muerte. En otro momento del combate los coraceros saquearon el pueblo de Molina; el comandante de este destacamento fue juzgado y condenado a muerte. Pero también sucedía con frecuencia que los invasores saqueaban y aterrorizaban a la población con el visto bueno de sus superiores, principalmente en operaciones de castigo contra las poblaciones que ayudaban a los guerrilleros. Otro protagonista de la guerra, Kajetan Wojciechowski, relata así la conquista de Calatayud:

El veintidós de noviembre (...) llegamos a la ciudad de Calatayud. En la ciudad nos alojamos como quisimos, ya que la mayoría de los habitantes habían abandonado las casas y se habían ido con su ejército. Se organizaron las guardias y se impidió cualquier tipo de exceso.

Sin embargo, con la llegada de la infantería francesa se acabó el orden. Las casas particulares y los templos del Señor fueron víctimas del pillaje de la tropa. Los soldados ebrios, que se mofaban de su propia fe vistiéndose con ropas litúrgicas, deambulaban por las calles y por los campamentos con antorchas y recipientes sagrados llenos de vino cantando canciones libertinas (...).

⁸ Ibidem, p. 154.

¿Cómo la nación española no iba a tener motivos para jurar venganza a los franceses? Al carecer de fuerzas suficientes para combatir a campo abierto, asesinaban a sus víctimas, culpables o no, a hurtadillas, y se ensañaban con los indefensos. Les cortaban las orejas, la nariz, les sacaban los ojos, les arrancaban las vísceras y las venas, y a pesar de estas crueldades, que nadie puede aprobar, hay que reconocer que los franceses se las merecieron por su impiedad, lujuria y libertinaje.⁹

Este fragmento de las memorias de Wojciechowski es representativo de las opiniones expresadas en sus relatos por los soldados polacos sobre la crueldad del combate. Los invasores tenían pánico a ser apresados por los guerrilleros, pero también eran conscientes de que sus acciones, su propia crueldad, sus saqueos y sus sacrilegios justificaban la violencia extrema del enemigo. Los dos bandos estaban inmersos en una espiral de violencia. Wojciechowski, como otros autores, insiste en que el comportamiento de la tropa polaca fue mejor que el de la francesa. Le indignaban los saqueos, la profanación y la destrucción de iglesias que realizaba de manera sistemática el ejército imperial.

Aunque en las memorias de los soldados polacos abundan los episodios en que se describe la crueldad de las tropas invasoras, la crueldad de su enemigo, es decir, de las tropas españolas, caló hondamente en la conciencia nacional polaca. Esto se debía probablemente a la lectura parcial de obras de los testigos de la guerra, o más bien al impacto que tuvieron obras posteriores que no tenían ya como base la experiencia directa. Un factor a tener en cuenta es la influencia francesa: muchas de las opiniones e ideas que circulaban en la Polonia afrancesada de los siglos XVIII y XIX habían germinado previamente en París. Llegaban a Polonia a través de las traducciones, pero también de forma directa, ya que la elite polaca conocía muy bien la lengua de Molière. Los juicios negativos acerca de los fanáticos españoles no eran otra cosa que la continuación de la leyenda negra que había nacido mucho antes.

En este contexto parece interesante la comparación de la visión de España que tenían los oficiales y los soldados rasos. La gente como Brandt o Broekere sabían ya algo de España antes de cruzar la frontera. Andrzej Daleki, un campesino analfabeto, escribe lo que ve, sin tener una visión predeterminada del país en el que combate. En *Memorias de mi padre* hay dos clases de personas: las buenas y las malas. Los malos cometen atrocidades, los buenos ayudan y salvan a los desgraciados. Hay buenos y malos en las filas de los invasores y de los invadidos. Daleki está agradecido a los que le ayudaron y habla de ellos en su libro. Por ejemplo, menciona a dos curas españoles que le salvaron la vida dos veces. En una de las ocasiones Daleki cayó en las manos de una multitud enfurecida que quiso matarle. Un sacerdote, al comprobar que se trataba de un cristiano, impidió la matanza e incluso suministró al

⁹ WOJCIECHOWSKI, K. (1978): *Pamiętniki moje w Hiszpanii (Mis Memorias de España)*, Warszawa, p. 39. (Primera edición, Warszawa 1845).

polaco un guía que le llevó a su destacamento a través del frente. En otro pasaje de sus memorias Daleki cuenta el ahorcamiento de un cura católico a manos de los franceses, le compadece y considera injusta la ejecución.

Brandt y Broekere ven las cosas de otra forma. Los dos oficiales insisten en el extremado fanatismo del pueblo español y ven su raíz en la influencia de la Iglesia, y sobre todo de los frailes, que, efectivamente, fueron muy activos en la Guerra de la Independencia.

Se puede debatir hasta qué punto las acusaciones de fanatismo fueron producto de la experiencia directa o de la imagen que España tenía a principios del siglo XIX en otros países europeos. Por lo tanto, es discutible la cuestión de los orígenes de la crueldad de los guerrilleros españoles y hasta qué punto contribuyó a ella el factor ideológico. El ejemplo de las tropas invasoras demuestra que en las escaramuzas, requisas y saqueos, el factor ideológico estaba cuando menos en segundo plano. Era la guerra la que envilecía a sus protagonistas. Brandt y Mroziński eran conscientes de esto.¹⁰

Al margen de la cuestión de las razones para tanta crueldad, llegaron a los lectores polacos muchas imágenes aterradoras que debieron causar una profunda impresión.

Son especialmente conmovedoras las descripciones del cautiverio de los soldados polacos en España. Dos de los cronistas, Broekere y Daleki, sufrieron el cautiverio enemigo en su propia carne, tras caer presos en la batalla de Motril (21 de agosto de 1811). Estos dos testigos cuentan cómo los soldados polacos y franceses fueron saqueados después del combate, hasta el punto de que muchos se quedaron desnudos y descalzos. La multitud lanzaba piedras y maldecía a sus enemigos, y el ejército español tenía que protegerles de la población civil. Los prisioneros, hambrientos y exhaustos, fueron conducidos a Granada, pero tuvieron que regresar a Motril, ya que los franceses, apostados en los alrededores, pretendían socorrer a sus compañeros. Entonces se embarcó a los soldados polacos y franceses en unos barcos de corsarios, donde iban a pasar una auténtica odisea. Broekere escribe lo siguiente acerca de esta experiencia:

Es triste el destino del pobre soldado que ha caído en manos del enemigo, pero es muchísimo más triste su situación si ha caído en manos de semejantes bárbaros. Estos corsarios que desconocen por completo las leyes de la guerra carecen de sentimientos y les es indiferente el suplicio humano.¹¹

El barco donde viajaba el teniente y sus compañeros comenzó su periplo por el Mar Mediterráneo en busca de puerto y de unas autoridades que quisieran recibir a

¹⁰ MROZIŃSKI, J. (1819): *Oblężenie i obrona Saragossy (El asedio y la defensa de Zaragoza)*, Warszawa. Para este trabajo se ha utilizado la edición de FLORCZAK, Zofia (1986-1987): *Dzieła wszystkie (Obras completas)* de Józef Mroziński, t. I, 1986, t.II 1987, Wrocław, t. II. p. 57.

¹¹ BROEKERE, op. cit., p. 163.

los presos y ocuparse de ellos. De Motril navegaron hasta Gibraltar, pero las autoridades inglesas dijeron que sólo les interesaban sus propios prisioneros. Luego partieron hacia Argel, y de la ciudad africana se dirigieron de nuevo a la Península Ibérica. En el camino pasaron una fuerte tormenta y tuvieron una escaramuza con un corsario francés. Los prisioneros sufrían malos tratos constantes por parte de la tripulación del barco. El 30 de agosto llegaron a Alicante, donde de nuevo el ejército tuvo que protegerles de la población civil. Tres meses más tarde, los presos fueron trasladados a la pequeña isla de Tabarca, situada a dos millas de Alicante. En Tabarca su situación mejoró un poco, recibían una pequeña cantidad de dinero que apenas bastaba para sobrevivir, y además podían pasear libremente por la isla. En enero del 1812 fueron embarcados en los barcos de los corsarios y transportados a Mallorca vía Benidorm. Las autoridades de la isla no quisieron hacerse cargo de la molesta carga de prisioneros, así que los barcos zarparon con rumbo a Menorca, donde el comandante inglés también denegó la entrada. Entonces el barco en el que viajaba Broekere volvió a Palma de Mallorca, donde los prisioneros fueron liberados a pesar de la negativa de las autoridades portuarias. El teniente polaco tuvo suerte en su desgracia, pues pasaría el resto de su cautiverio en Mallorca e Ibiza, que consideraba equivocadamente la isla más grande del archipiélago. La situación más trágica se estaba produciendo en la vecina Cabrera, y sus testimonios se propagaron por las otras islas. Broekere dedica ocho páginas de sus memorias a los sucesos de Cabrera. Narra cómo cinco mil soldados fueron abandonados en una pequeña isla desierta.¹² Los prisioneros no recibían paga, y las raciones de comida eran insuficientes e irregulares, así que tuvieron que sobrevivir con sus propias fuerzas. En Cabrera pronto empezó a reinar la anarquía y la ley del más fuerte, e incluso se daban casos de canibalismo, como el de un ulano de la Legión del Vístula.¹³ Los prisioneros morían a centenares, víctimas de la epidemia y de la inanición. Lo ocurrido en Cabrera recuerda a lo sucedido en los campos de concentración del siglo XX. El teniente polaco ve como responsable directo de lo ocurrido en este peculiar campamento de cautivos al Capitán General de las Islas Baleares. Broekere y Daleki tuvieron ocasión de comparar el trato que daban a los prisioneros los españoles y los ingleses.

Daleki en su periplo fue transportado a Alicante, pero desde allí fue llevado a Inglaterra en un barco inglés, primero a Portsmouth y después a Londres. En Alicante dieron a él y a sus colegas ropa nueva gracias a la intervención de un oficial inglés. Al parecer el oficial británico apreciaba a los polacos y les consideraba más valientes que los franceses. Se extrañaba de que los españoles, siendo católicos,

¹² En realidad fueron enviados a la isla 16.000 soldados: BIELECKI, R., TYSZKA, A.T. (1984): *Dał nam przykład Bonaparte. Wspomnienia i relacje żołnierzy polskich 1796- 1815* (Nos dio ejemplo Bonaparte. Las memorias y los relatos de los soldados polacos 1796-1815), Kraków, p. 264.

¹³ BROEKERE, op. cit., p. 202.

trataran tan mal a personas de otro pueblo que profesaba la misma religión. Para un campesino polaco como era Daleki la vida de un prisionero inglés era bastante soportable, incluso cuando le llevaron a la isla de Santa Elena en el Océano Atlántico para que trabajara en una cantera. Daleki rechazó la oferta de incorporarse a las filas del ejército inglés, así que fue transportado de nuevo a Europa y puesto en libertad en Hannover. Pronto fue reclutado de nuevo por el ejército francés y pasó un nuevo cautiverio, esta vez en Austria.

A la hora de valorar las críticas de los soldados polacos por el trato que se les dispensaba durante su cautiverio, hay que tener en cuenta la situación militar y económica de España en aquella época. En cierta medida el maltrato se debía a la falta de recursos, aunque los textos indican también una clara despreocupación por parte de las autoridades militares en relación con los prisioneros, e incluso un trato vejatorio consciente y deliberado.

Los relatos de los combatientes polacos tienen también pasajes en que se describe el cautiverio que sufrieron los españoles. Tras la capitulación de Zaragoza Henryk Brandt recibió la orden de transportar a Francia a un grupo de prisioneros. Los defensores de Zaragoza estaban exhaustos, y en el camino muchos morían de disentería. El teniente describe cómo los españoles lloraban al cruzar el río Aragón, convencidos de que jamás volverían a ver su patria. Los prisioneros, escoltados por los polacos, llegaron a Bayona vía Pamplona y Fuenterrabía. Brandt afirma que en Bayona el gobernador, el general du Quesne, se portó bien con los aragoneses. También presume de que los cautivos apreciaban el esfuerzo que hacía el destacamento polaco por minimizar el sufrimiento de los presos; asegura que decían “¡qué buena gente los polacos!”¹⁴. Es posible que el teniente hiciera bien su trabajo como jefe de la escolta, pero es razonable preguntarse hasta qué punto el relato es objetivo.

Evidentemente, la perspectiva del escolta y del prisionero son bien distintas. Se puede suponer que los vencedores querían presentarse como más humanos, mejorar su imagen.

Como resultado de estos relatos, en Polonia se difundió la idea de que los polacos habían sufrido malos tratos, mientras los legionarios del Vístula habían dado un trato justo a los españoles. Esto contribuyó a alimentar el estereotipo de la crueldad española.

3. La España de la Guerra de la Independencia

Las circunstancias del encuentro de polacos y españoles en los comienzos del siglo XIX fueron muy dramáticas. Los soldados polacos vieron España durante una de las más sangrientas guerras de su historia, y la guerra se convirtió en el tema central de sus memorias; el combate diario era lo más cercano, lo más tangible, de él

¹⁴ BRANDT, op. cit., p. 173.

dependía la supervivencia de sus protagonistas. Otro factor a tener en cuenta era la circunstancia de los “visitantes” polacos: eran soldados y tendían a centrarse en las cuestiones militares.

A pesar de estos condicionamientos las memorias de la guerra de España traen abundante información acerca de diferentes aspectos, sociales y geográficos, de la Península Ibérica en aquella época. La forma en que se desarrolló el conflicto propició, por su duración y extensión, los contactos entre invasores y defensores.

Como soldado pasé por todas las vicisitudes de la vida: un día admiraba los ojos de las hermosas españolas, otro añoraba la patria, y al otro sufría la más extremada miseria. En infinidad de viajes pasé hambre y frío, traté con el pueblo, pude conocer a fondo el país y sus gentes; porque ¿quién puede llegar a vivir todo eso mejor que el soldado, que tras ser liberado de su cautiverio regresa a su patria descalzo y hambriento, arriesgando su vida más de una vez?¹⁵

En primer lugar, los soldados polacos permanecían en España durante un largo periodo de tiempo. Es cierto que en 1812 buena parte del contingente polaco fue trasladado a Rusia, pero hay que tener en cuenta que en España quedaron numerosos prisioneros de guerra (como Stanisław Broekere, que pasó seis años en España). Ya fuese como soldados o como prisioneros, los combatientes polacos pasaron largos años en España.

En segundo lugar, la gran extensión del conflicto propiciaba que los soldados llegaran a conocer buena parte de la geografía española. Los destacamentos polacos combatieron en casi todas las zonas de España, si exceptuamos el noroeste. En las memorias no hay alusiones a Galicia ni a Asturias. Algunos de los relatos de la guerra se parecen a las guías turísticas por la gran cantidad de pueblos que mencionan. Los soldados pasaron por todo tipo de poblaciones: grandes ciudades, capitales de provincias y los pueblos más pequeños. En este sentido, las “guías militares” tienen un interés especial, ya que hablan también de pueblos que los viajeros civiles no mencionan debido a su escaso interés cultural o histórico.

Los soldados polacos describen muchas ciudades y las comparan entre sí o con ciudades de otros países europeos. En sus memorias también se ocupan de describir las diferentes regiones de España. En general, la descripción de la geografía física es más acertada e imparcial, mientras que en la geografía humana, en la descripción de los españoles, encontramos más malentendidos y prejuicios.

4. Las regiones, las ciudades y los pueblos

En su libro Stanisław Broekere describe la geografía española en pocas palabras:

En España las ciudades, los pueblos y los lugares están más alejados entre sí que en nuestro país. Doy a continuación los nombres de diferentes tipos de poblaciones:

¹⁵ BROEKERE, op. cit., (prólogo) p. XIV.

Ciudad (grandes ciudades), Villas (ciudades más pequeñas), Lugares (poblados), Pueblos (aldeas) y Cortijos (granjas). Las edificaciones aisladas en medio del campo se llaman ventas o tabernas, independientemente de su tamaño. En las montañas la tierra no es apta para el cultivo de cereales. Sólo se pueden cultivar cereales en los valles. Las fuentes de agua escasean. Los pueblos están bastante poblados, distan entre sí de 3 a 6 millas españolas (leguas). A media milla del pueblo o la ciudad hay huertos, viñedos, trigales, olivares, así que por el camino se hace difícil divisar las poblaciones. En nuestra marcha por las montañas, valles y desiertos, al ver olivares y viñedos deducíamos que en los alrededores había algún pueblo o ciudad, cuyos habitantes eran más civilizados. El número de habitantes es bastante considerable. El pueblo suele superar los 1000 habitantes; en Andalucía llegábamos a zonas donde había más pueblos y más poblados. (...) El clima es muy variable. Durante el día hay un bochorno difícil de soportar, y por las noches hace frío debido a los vientos que soplan desde las montañas.¹⁶

Broekere observaba que Andalucía estaba más densamente poblada que otras regiones del país. Parece que a los soldados polacos les gustaban más los territorios del sur de la Península, y especialmente en la costa. En el sur encontraban un tipo de paisaje, vegetación y arquitectura totalmente diferentes a los que habían conocido hasta la fecha. Además, en los puertos mediterráneos había más prosperidad económica, era más fácil encontrar comida y en consecuencia el servicio en el ejército era más soportable.

Casi todos los relatos empiezan con descripciones del País Vasco, región que con frecuencia atravesaban los regimientos polacos enviados a España. Los relatos suelen estar cargados de opiniones negativas y prejuicios sobre esta región. Es posible que la imagen negativa de los territorios fronterizos fuera algo exagerada, ya que los autores de las memorias querían resaltar deliberadamente el contraste entre Francia, país muy bien conocido en Polonia, y España, que era casi desconocida. El fragmento del libro de Broekere es bastante representativo de las opiniones acerca del País Vasco que encontramos en las páginas de los relatos de los soldados:

En medio de las montañas, a dos millas de la frontera, se encuentra la ciudad de Irún ¡Qué diferencia entre estos dos países vecinos, entre sus habitantes y sus lenguas! Hablan la lengua vasca, que no hay quien la entienda. La comarca es salvaje y vacía, igual que sus habitantes. ¡Qué mala impresión producen en el visitante las calles estrechas de las ciudades españolas, las casas sin estilo arquitectónico y construidas sin ningún gusto, las ventanas sin cristales, con aberturas en las contraventanas que filtran el aire y la luz. Las casas están llenas de humo, los lugareños preparan la comida debajo de la pared, quemando paja o excrementos de asno en la calle. No hay ni una taberna en toda la comar-

¹⁶ *Ibidem*, pp. 46-47.

ca. Los habitantes, pálidos y tristes, envueltos en largos y anchos abrigos negros, vagan por las calles. No utilizan zapatos: envuelven los pies con cuerdas o llevan sandalias.¹⁷

Henryk Brandt dibuja un cuadro de Navarra bastante desalentador; se siente decepcionado al constatar que la realidad difiere mucho de la visión de España que tenía a través de sus lecturas:

Desde que cruzamos la frontera avanzamos por el país enemigo con las máximas precauciones, con vanguardia, retaguardia y patrullas. Por las novelas que había leído me había imaginado una España totalmente distinta de la que encontré en 1808. En vano buscaba con la vista al hidalgo-campesino, con la espada en el costado, que iba detrás del arado con un bote de vino. En ninguna parte de las ciudades se oía el misterioso sonido de la guitarra, y las voces de las bellas señoras no llegaban a nuestros oídos. Todas las puertas de las casas y los escaparates de las tiendas estaban cerrados. Los habitantes no se acercaban a nosotros, y nos lanzaban miradas llenas de cólera. “No entiendo”, “no sé” eran las únicas palabras que se podía sacar de ellos.¹⁸

El destacamento de Brandt había cruzado la frontera por Roncesvalles. Le sorprendió que los lugareños supieran menos del famoso caballero que él, un extranjero que había estudiado sobre Roldán en la escuela.¹⁹ Este fragmento de *Memorias de un oficial polaco* revela que la visión de España que tenían los combatientes ilustrados se basaba en la literatura, especialmente en los libros de caballería. De ahí su decepción al constatar que la realidad difería tanto de lo que había leído en las novelas.

En su periplo por la Península Ibérica Stanisław Broekere pasó cuatro días en la capital, donde fue testigo de las consecuencias del Levantamiento del Dos de Mayo.

Muchas casas de la ciudad tenían agujeros producidos por las balas, algo que causaba una impresión especialmente desagradable; en las calles por doquier había cañones cargados con obuses, y cerca de cada uno había un artillero con la mecha encendida. Durante toda la noche deambulaban por las calles patrullas andando o a caballo. Cada patrulla estaba integrada por cien personas, algo que irritaba a los madrileños, que estaban acostumbrados a amenizar las noches con música y ahora no podían a causa de la guerra.²⁰

Para Broekere la mayor incomodidad de Madrid era la falta de agua corriente:

Lo más incómodo de esta ciudad es la falta de agua. Para disponer de agua, los habitantes recurren a los aguadores, que son en total 3000 para la comodidad de la ciudad. Todos llevan a la espalda un jarro de cobre; se mueven rápidamente, mientras reparten el agua fresca que les piden.²¹

Parece que los aguadores madrileños eran bastante atentos con sus clientes, incluyendo los extranjeros. Según algunos relatos, algunos miembros de este gremio aprendieron palabras polacas: “Zimna woda, dobra!” (¡El agua fresca,

¹⁷ *Ibidem*, p. 34.

¹⁸ BRANDT, *op. cit.*, p. 23.

¹⁹ *Ibidem*, p. 23.

²⁰ BROEKERE, *op. cit.*, p. 49.

²¹ *Ibidem*, pp. 49-50.

buena!).²² Madrid no impresionó mucho a Stanisław Broekere. Estuvo en la ciudad poco tiempo, y además en un momento difícil. Así describe la capital española:

La ciudad de Madrid está a orillas del Manzanares, un pequeño río, o más bien, arroyo, que se seca en verano. El Manzanares tiene un hermoso puente de piedra. Todas las casas están alineadas en filas, las calles son estrechas, a excepción de la de Alcalá y la de San Jerónimo. Las casas parecen encorvadas y edificadas irregularmente. Sólo tienen cristales los edificios grandes, lo que confiere a la ciudad un cierto aspecto de abandono, pero eso es algo a lo que los españoles parecen haberse acostumbrado. Los alrededores de la ciudad son bastante tristes. A diferencia de otras ciudades europeas cuyos centros están embellecidos con jardines, aquí apenas hay adornos. Una muralla rodea la ciudad, y fuera de ella la vista se pierde en campos desnudos. Hay gran cantidad de iglesias y monasterios, y también un teatro raquítico y una plaza de toros. El castillo real, llamado Retiro, es un palacio de una planta que los franceses han convertido en cuartel. Cerca del castillo hay un jardín muy cuidado. La calle que va desde el Retiro hasta la calle de Alcalá tiene varias hileras de árboles y es el lugar de paseo donde se dejan ver con su aire fastuoso y soberbio los grandes nobles y las bellezas de Madrid en los días soleados, paseándose fastuosa y soberbiamente. En una extensa plaza (la plaza mayor) venden toda clase de productos alimenticios y muchos otros artículos.²³

En medio de combates y escaramuzas con el enemigo, el regimiento de Broekere a menudo se veía obligado a trasladarse al sur de la ciudad. En estos desplazamientos el teniente tuvo ocasión de ver el palacio y los jardines de Aranjuez.

En este parque se encuentra el Castillo Real, construido íntegramente en mármol y con un estilo muy moderno. Cerca de él, en las islas, hay unos edificios soberbios. El conjunto de edificios y jardines crea una estampa realmente hermosa.²⁴

El oficial lamenta el estado de abandono en que ha quedado todo a causa de la guerra y de la ausencia de la familia real.

En 1809 Broekere pasó tres meses en Toledo, por lo que tuvo ocasión de conocer la ciudad a fondo. Según escribe, la vida en la ciudad castellana era bastante llevadera, ya que los soldados recibían víveres con regularidad. La ciudad castellana había conseguido eludir el saqueo y destrucción, así que el teniente la conoció en todo su esplendor. Al igual que otros viajeros extranjeros, llama la atención del oficial el emplazamiento de la ciudad en una colina sobre el río Tajo. Menciona los bonitos puentes, el castillo de San Servando, al que llama castillo mauritano, y el Alcázar de Carlos V. Pero es la catedral lo que más atrae su interés. Refiriéndose a las cuarenta iglesias de Toledo y a su iglesia principal, Broekere saca a colación la Inquisición española. Es

²² PRZYBOROWSKI, W. (1888): *Polacy w Hiszpanii (1808-1812) przez Zygmunta Lucjana Sulimé (Los polacos en España (1808-1812) por Zygmunt Lucjan Sulima)*, Warszawa, pp. 15,16.

²³ BROEKERE, op. cit., p. 50, 51.

²⁴ *Ibidem*, p. 82.

curioso que en la conciencia de los viajeros de diferentes épocas la antigua capital española se asocie con la Inquisición.²⁵

El soldado Andrzej Daleki pasó en Toledo ocho meses. Durante su estancia la situación militar era diferente de la que había vivido Broekere; los invasores estaban rodeados por los españoles y los ingleses. Daleki recuerda de su estancia la gran abundancia de iglesias, así como su gran tamaño, pero no aporta ningún detalle.²⁶

Broekere se sintió fascinado por La Mancha. En esta área los regimientos polacos tenían de todo en abundancia. En su opinión es ésta una de las zonas más bellas, ricas y a la vez agradables de España. Las cosechas de trigo son óptimas y su vino más típico, el Valdepeñas, nada tiene que envidiar a ningún otro. Broekere aprovecha la ocasión para hacer gala de su erudición. Menciona a Miguel de Cervantes y a Don Quijote, y añade que ha visitado una de las localidades citadas en el libro.

El oficial polaco habla de Andalucía con fascinación: Úbeda, Baeza, Granada, Almería, Málaga... Considera esta región del país como la más interesante y próspera. Reconoce que quedó seducido por la "belleza y el hermoso encanto de Granada."²⁷ En su descripción de Granada se detiene en la Alhambra, cuyos detalles arquitectónicos presenta con gran precisión. Además dice que éste y otros monumentos históricos españoles están bien cuidados y conservados, cosa que, según Broekere, honra a los españoles. El teniente también habla de Málaga. El militar polaco alaba la situación geográfica de la ciudad y destaca las ventajas que tiene por disponer de puerto marítimo. En su relato presenta a Málaga como una ciudad cosmopolita, donde viven y trabajan numerosos alemanes, franceses, holandeses e incluso polacos. El comercio facilita a los habitantes de la ciudad el abastecimiento de muchos productos que no hay en otras regiones de la Península, por ejemplo el coco, que algunos soldados polacos tuvieron ocasión de probar por primera vez en Málaga. Broekere piensa que el contacto constante con otras "naciones civilizadas" permite a los malagueños disfrutar de un mayor nivel cultural. Tal vez esto se deba al prejuicio (muy extendido entre los militares con estudios) de que lo civilizado es aquello que se parece a lo francés, a lo alemán, o, en general, lo que está al norte de los Pirineos. Al margen de estas valoraciones, las palabras de Broekere parecen poner de manifiesto que Málaga fue en los tiempos de la Guerra de la Independencia una ciudad más próspera que las del norte del país. El puerto, lejos de estar en crisis, vivía tiempos de prosperidad. Los combatientes polacos recordarían después con nostalgia esta época de bienestar. Durante su estancia en el puerto andaluz los

²⁵ Por ejemplo en el relato del siglo XX: CZYŻEWSKI, T. (1932): "Upiór Toledo" ("El fantasma del Toledo"), en: *Droga*, núm 1, pp. 65-74.

²⁶ DALEKI, A. (1864): *Wspomnienia mojego ojca żołnierza dziewiątego pułku Księstwa Warszawskiego* (*Memorias de mi padre, soldado del noveno regimiento del Ducado de Varsovia*). Poznań, p. 27.

²⁷ BROEKERE, op. cit., p. 121.

soldados estuvieron acuartelados en un monasterio carmelita, mientras que los oficiales se alojaron en las mejores casas de la población. Ocupaba el puesto de gobernador de Málaga el comandante del regimiento, el príncipe Antoni Sułkowski. Como prisionero de guerra el teniente polaco pudo ver los dos puertos de las Islas Baleares más importantes: Mahón y La Palma. En el puerto menorquín Broekere vio treinta y seis grandes buques de guerra ingleses y numerosas embarcaciones de menor tamaño. Entre todos estos barcos destacaba el del almirante, armado con 100 cañones. Viendo el despliegue espectacular de la marina inglesa los presos podían olvidar su condición por unos momentos.

Henryk Brandt hace en sus memorias una descripción bastante detallada de determinadas zonas de Aragón y Valencia. Además de varias páginas dedicadas a la asediada Zaragoza, aporta pequeños retratos de: Barbastro, Almunia, Calatayud, Teruel y menciona muchas poblaciones más pequeñas.

Pero aquí tengo que dedicar algunas palabras a Teruel. Nueve monasterios y siete magníficas iglesias le confieren un aspecto de ciudad mucho más grande de lo que en realidad es. En una de sus iglesias, la de San Pedro, muestran reliquias más o menos auténticas de los “amantes de Teruel”, cuyo destino han cantado muchos poetas. Lo más interesante de Teruel es su enorme acueducto, con sus quinientas arcadas, que lleva el agua a la ciudad por encima de un profundo precipicio. El acueducto fue construido en el siglo XVII.²⁸

Con esta descripción de la ciudad el autor hace un paréntesis en el tema principal de sus memorias, que son las operaciones militares. Brandt, al igual que Broekere, siente predilección por el sur de España:

¡Pero qué es Aragón en comparación con Valencia! Aquí en los jardines disparan al aire florecientes *Jucca gloriosa* y enormes, azuladas, rígidas hojas de agave, acabado en racimos de flores, una planta que a veces alcanza una altura de 30 ó 40 pies. Debajo de los naranjos y mirtos se encontraban cada día los hijos del Norte, y por unos momentos les parecía que formaban parte de la gran migración de los pueblos que lideró el emperador de la Galia.²⁹

Parece que la vida de los combatientes era más llevadera en las regiones meridionales de la Península: allí había mejor aprovisionamiento y además los soldados no pasaban frío, ni siquiera cuando acampaban al aire libre. Sin embargo, no eran éstas las únicas causas de la predilección que los soldados tenían por el sur. Andalucía y Valencia les atraían por ser muy diferentes de su patria. La abundante vegetación valenciana, llena de vida y colores, parecía un jardín del paraíso, aunque los autores de los relatos no utilizaran esta palabra. Ante el paisaje levantino Brandt deja de ser un observador práctico y utilitario; los naranjos y los mirtos le invitan a reflexionar acerca del sentido de su periplo en una clave distinta de la de la táctica

²⁸ BRANDT, op. cit., p. 130.

²⁹ *Ibidem*, p. 135.

militar. Por unos momentos parece olvidar que está participando en una guerra cruel. Este corto fragmento es muy revelador, puesto que contiene algo poco frecuente en los relatos de los combatientes polacos del comienzo del siglo XIX. Seguramente no sea exagerado decir que se ha producido un cambio de la sensibilidad del viajero con respecto a la naturaleza. Pero conviene precisar que sólo algunos elementos del medio ambiente atraen y distraen al narrador: principalmente las plantas y el clima de la región. Los militares-viajeros todavía no aprecian otros elementos del paisaje como las montañas, los valles, los desiertos o los ríos. Estos lugares aparecen con frecuencia en las páginas de los relatos, pero casi siempre como el marco en que tiene lugar el combate. Puede ser favorable o desfavorable para el desarrollo de la batalla, pero carece de valor estético o emocional propio. Raras veces la geografía española puede sorprender a los combatientes. Andrzej Daleki, campesino originario de las llanuras de Polonia, se asombra al ver los Pirineos:

Atavesamos las montañas que hay entre España y Francia el mismo día de San Martín (...), y a mí me parecía que llegaban hasta el mismo cielo.³⁰

El asombro ante la inmensidad de la cadena montañosa es muy comprensible si tenemos en cuenta el origen geográfico del soldado y su nivel cultural; Daleki no había estudiado nada de la geografía europea. Otros cronistas polacos de la Guerra de la Independencia no suelen escribir en este tono, y si prestan atención al relieve del país es por razones de táctica militar.

El valor estético de las montañas, los desiertos y los demás lugares está aún por descubrir. Los autores de los relatos, al hablar de estética, se centran en las ciudades y los pueblos, en su arquitectura e historia, es decir, en las áreas directamente relacionadas con la actividad humana.

5. La vida y las costumbres de los españoles

Casi todos los relatos de la guerra española tienen pasajes dedicados a la descripción de los españoles y sus costumbres. Los combatientes observan el modo de vida en este país extranjero y lo describen con más o menos éxito en las páginas de sus memorias. Suelen centrarse en los aspectos de la cultura española que más difieren de la cultura polaca. Por desgracia, con frecuencia mezclan informaciones interesantes y reveladoras con prejuicios y estereotipos acerca de España que circulaban en la Europa de principios del siglo XIX. Suelen acertar en sus descripciones de las formas de vida y cultura concretas, y caen en tópicos al valorar lo que están viendo.

Normalmente, los datos sobre el carácter y las costumbres de los españoles aparecen al margen de la cuestión bélica. En este sentido destaca el libro de Stanisław Broekere, cuya obra está plagada de escenas costumbristas, e incluso tiene dos capí-

³⁰ DALEKI, op. cit., p. 22-23.

tulos que tratan exclusivamente este tema. El primero presenta al lector polaco los pormenores de la corrida de toros. El segundo tiene como título: “*Algunos detalles sobre España, sus habitantes, costumbres y necesidades; sobre la situación desde el punto de vista militar y eclesiástico, que tuve ocasión de conocer durante la guerra y mi estancia.*”³¹

Ya el mismo título del capítulo revela los intereses del autor. Hoy a esto lo llamamos sociología. Broekere carece de herramientas científicas adecuadas, pero posee buenas dotes de observador que le permiten captar detalles interesantes. No obstante, le cuesta superar determinadas opiniones llenas de prejuicios que repite de modo bastante ingenuo. El capítulo XIII de *Memorias de la guerra española* es una mezcla curiosa de perspicacia e ingenuidad.

El teniente comienza sus consideraciones con una descripción del físico de un español típico: es de estatura media, tiene la piel oscura, los hombres altos y corpulentos son poco frecuentes, las mujeres suelen tener las caras delgadas y hermosas, etc. A continuación habla del carácter nacional:

Los españoles son en general orgullosos y altivos, se sienten superiores por el origen antiguo de su religión; su carácter es muy violento y vengativo, sobre todo, cuando se les enoja y cuando se sienten ofendidos. Cuando esto sucede el español se sale de sus casillas, arde en deseos de venganza y en la venganza se emplea con toda vehemencia.³²

A esta estereotipada opinión sobre la idiosincrasia española le sucede una serie de informaciones interesantes sobre las costumbres locales.

Broekere describe los duelos con cuchillos, frecuentes entre las clases bajas, e indica que el duelo con sable es exclusivo de las clases altas. Advierte que la juventud española madura antes que la polaca y que en España se contrae matrimonio a una edad más temprana. Además apunta que las familias españolas son menos numerosas que las del norte de Europa, y lo atribuye al sistema de herencia, el mayorazgo.

El teniente considera las viviendas españolas medias muy modestas y con escaso mobiliario, a veces hecho de junco. Pero también dice que están bien cuidadas, ordenadas y limpias. A Broekere no le gusta demasiado el invento español del brasero para calentar la casa; afirma que el humo del carbón inhalado producía dolor de cabeza a los soldados polacos, que no estaban acostumbrados, y muchos preferían pasar frío antes que calentarse de esta manera.

El oficial elogia la sobriedad de los españoles y afirma que aquí jamás ha visto a nadie bebido. Los lectores de su libro pueden familiarizarse con los nombres de varias regiones vinícolas: Cataluña, Alicante (vino tinto), Valdepeñas (vino puro), Málaga (vino dulce), Antequera (vino seco), Jerez (según Broekere, el caldo más caro y excelente). Hablando de los vinos, el militar apunta que los españoles suelen

³¹ BROEKERE, op. cit., pp. 257-294.

³² *Ibidem*, p. 258.

diluir el vino en el agua. En su opinión, los diferentes tipos de recipientes que se utilizan para guardar la bebida merecen un interés especial. Broekere explica detenidamente cómo se fabrican y usan las “botas de vino”, fabricadas con cuero, y las tinajas de arcilla. También constata que los españoles apenas conocen el café ni el té, las clases pudientes beben chocolate, mientras que los pobres toman sopa de pan, sal, ajo, cebolla y oliva. El plato más popular es el puchero de carne de vaca o de cordero. En España también se come: gallinas, chorizo, tocino, garbanzos y otras verduras según las estaciones del año. De todas las especias las preferidas son el ajo y el pimienta.

Broekere alaba el buen gusto de las españolas en lo referente a la manera de vestir. Le gustan los vestidos largos y bien ajustados, y también los peinados que llevan las mujeres. También habla de las diferencias de indumentaria en razón de la clase social. Esas diferencias se perciben en el calzado: la gente pudiente lleva zapatos, y los pobres alpargatas. Los grandes señores llevan tricornios muy grandes y visten abrigos de tela fina con el forro de terciopelo rojo.

La descripción de las costumbres sociales resulta bastante cómica para el lector contemporáneo por su ingenuidad. Broekere afirma que los españoles no tienen ni idea de la vida mundana y social, y que en este aspecto están muy atrasados. Le llama la atención la separación de los sexos en los lugares públicos e indica que el trato excesivamente familiar entre la mujer y el hombre está mal visto. Esto lo atribuye a la influencia excesiva de los curas, omnipresentes y muy respetados en España. Su ingenuidad se hace patente al escribir sobre la música y los bailes:

En toda España hay una única melodía para bailar. Esta melodía se escucha por doquier, incluso en las bodas; las más diestras en el baile son las gitanas andaluzas, también son buenos bailarores los descendientes de los moros en Granada (...).³³

Es evidente que Broekere no tiene conocimientos de música ni tampoco buen oído. A pesar de ello su obra contiene informaciones valiosas. Habla de la habilidad de las gitanas andaluzas en el arte de la danza y menciona algunos nombres de bailes: el fandango, el bolero, la tana (¿?). El teniente no olvida la costumbre española de cantar serenatas a la amada.

El polaco dedica ocho páginas del capítulo XIII de las memorias a explicar los usos y técnicas agrarias. Afirma que las tierras españolas no son demasiado fértiles, salvo determinadas zonas, por ejemplo, los alrededores del río Tajo en Extremadura y las cercanías de la ciudad de Talavera (al parecer el trigo de Talavera había sido exportado a Polonia). Estima que en general el cultivo de cereales no está muy desarrollado. A Broekere le interesa mucho la peculiar cría de ovejas española. Explica detalladamente cómo funciona la ganadería trashumante, la forma en que los reba-

³³ *Ibidem*, p. 272.

ños de ovejas son conducidos a través de la península, y además describe a los diferentes tipos de pastores. El oficial polaco resalta que tanto la lana como la carne ovina española son de una calidad excelente. Tampoco se olvida de los animales de carga: caballos, mulas y burros. Elogia las bondades de estos últimos.

En la última parte del capítulo Broekere escribe sobre “*la situación desde el punto de vista militar y eclesiástico*”.

Ningún otro país tiene tantas iglesias como España. Aquí tiene que haber iglesia hasta en la más pequeña aldea con unas cuantas casas. En los pueblos algo más grandes hay varias, y en las principales ciudades y capitales son muy numerosas.³⁴

El teniente afirma que al llegar a España en 1808 vio que los monasterios estaban llenos, y cada uno solía tener entre 30 y 40 monjes. Por decisión de José Bonaparte del año 1809 se disolvieron los monasterios y fueron convertidos en cuarteles. El militar cree que el gran número de eclesiásticos en España estaba directamente relacionado con el sistema de mayorazgo, en virtud del cual los hijos menores no heredaban nada y tenían que buscarse la vida fuera de la casa familiar: en la iglesia, en el ejército o en el servicio civil.

Estando alojado en la casa de un español conocí a sus seis hijos. El mayor se ocupaba de la granja en sustitución del padre, el segundo era dominico, el tercero era capuchino, el cuarto cura seglar y el quinto carmelita; todos estos curas eran corpulentos y tenían buena presencia debido a la buena vida que llevaban; el sexto era oficial y justamente antes de nuestra llegada había recibido la destitución en Granada, ya que era flaco y pálido.³⁵

Todos estos frailes estaban en la casa de su padre, ya que habían sido expulsados de sus monasterios. Trataron al soldado polaco con animadversión y desprecio. Muchos otros monjes estaban en aquel entonces en el campo, combatiendo al enemigo. Broekere reconoce que los invasores trataban de forma muy severa a los guerrilleros con sotana:

A menudo se les ejecutaba inmediatamente después de haber sido capturados por los ulanos polacos; en una ocasión fueron ahorcados así cuatro trinitarios.³⁶

El teniente no condena esta forma de actuar. Seguramente la consideraba comprensible, dada la participación, a veces muy destacada, de los monjes en la guerrilla. El soldado Andrzej Daleki, al presenciar el ahorcamiento del cura patriota, compadece al sacerdote y condena la ejecución, según él doblemente injusta: el ahorcado merecía respeto por ser un religioso y por haber defendido a su patria. Así pues, había quienes criticaban la violencia empleada contra los curas y otros que no la discutían. En cambio, los relatos polacos suelen ser críticos con la destrucción y el saqueo de las iglesias. Broekere en este punto es explícito:

³⁴ *Ibidem*, p. 282.

³⁵ *Ibidem*, pp. 283-284.

³⁶ *Ibidem*, p. 284.

Tras la expulsión de los monjes, nos llevamos todo lo que había en los monasterios. Los utensilios de madera fueron quemados mientras asábamos y cocinábamos la comida; llenamos las paredes de clavos y grandes ganchos para colgar las armas, las mochilas y otras cosas (...) Arrasamos con todo: incluso los cuadros se convirtieron en pasto de las llamas.³⁷

Tras describir la barbarie de los soldados, Broekere responsabiliza de lo ocurrido a las autoridades militares francesas, que no garantizaban los aprovisionamientos de madera y carbón, así que los soldados, hambrientos, se veían obligados a quemar lo que venía de los monasterios. Aquel horror de destrucción hubiera merecido una explicación más amplia y convincente, pero Broekere quiere exculparse, y no autoinculparse.

El oficial polaco es muy crítico con el clero español, y ve en su excesiva influencia el origen de muchos de los males de España.

Los curas españoles ejercían un extraordinario dominio sobre toda la nación, hasta el punto de que dirigían todas las escuelas, la censura y las imprentas.³⁸

Según Broekere, los sacerdotes no tienen buena formación ni estudios adecuados (en las aldeas a veces ni siquiera conocen el latín), pero los fieles confían en ellos ciegame. Los españoles creen que sólo ellos son católicos romanos auténticos. El oficial polaco insiste en que los creyentes de otras confesiones no podían viajar por el país libremente. Los comerciantes holandeses e ingleses estaban constantemente vigilados. Los judíos ni siquiera podían entrar en España.

Para Broekere las universidades locales son un nido de supersticiones, y la ciencia tiene un retraso de varios siglos. El militar polaco no ha asistido a las clases de ninguna universidad española, así que sus opiniones no se basan en su experiencia, sino en otras fuentes, probablemente en las opiniones estereotipadas acerca del retraso de España que circulaban en Europa en aquella época.

El teniente critica también la mala organización y el armamento anticuado del ejército. Se trata de un área en la que Broekere era profesional, y por tanto esta opinión tiene más validez que la que tiene sobre las universidades. Sin embargo, el teniente reconoce que el soldado español tiene mucha resistencia y puede superar con facilidad grandes dificultades. Añade que los españoles luchan mejor en las montañas que en campo abierto. En el transcurso de la Guerra de la Independencia gran parte del ejército regular español fue destruido, y de ahí que el peso del combate lo llevaran las guerrillas y los destacamentos formados apresuradamente. El retrato de la situación española desde el punto de vista militar presentado en las páginas de las *Memorias de la guerra española* corresponde a un momento concreto y difícil de la historia militar española.

³⁷ Ibidem, p. 285.

³⁸ Ibidem, p. 286.

Los relatos de Henryk Brandt, Stanisław Broekere, Andrzej Daleki, Józef Mroziński y Kajetan Wojciechowski merecen el interés de los investigadores, porque presentan la España de los tiempos de la Guerra de Independencia desde perspectivas diferentes. Son unas fuentes muy valiosas para el estudio de la historia militar polaca, pero también para las investigaciones en el campo de las relaciones polaco-españolas.